AÑO XXVII México—Domingo 18 de Enero de 1903. NUM. 7,843.

La Patria DIARIO de México.

DIRECTOR Y EDITOR PROPIETARIO, LIC. IRENEO PAZ.

Conversaciones de Salon.

¿Dónde están los culpables?

—A mí no me cabe la camisa en el cuerpo.

—¿Por qué, Doña Josefita?

—Con eso de la peste bubónica en Mazatlán que dicen que es tan terrible. Todos los días leo con mucho interés las noticias, y por momentos estoy esperando que se diga que ya la tenemos en México.

—¡Dios que nos favorezca! Y figúrense los estragos que haría si llegara á venir.

—Bien es que aquí no estamos en Jauja, una vez que tenemos la tísis que ya se está llevando muchas víctimas, el tifo que no nos deja descansar, las pulmonías que no se dan á desear y los males de estómago producidos por tantas porquerías que nos venden para envenenarnos; pero lo cierto es que la dichosa peste es tan atroz, ó más, que el mismo cólera morbus.

—Comenzando porque la peste bubónica vuelve locas á las gentes de puro susto. Figúrense Vdes. que á más de las ansias, la calentura y los trastornos mentales que produce, les salen á los enfermos bolas dolorosísimas en las ingles, en las arcas y en el cuello, poniéndolos asquerosos.

—¡Jesús! ¡Jesús! Si es de temblar el pensamiento solo de que nos visite semejante calamidad.

—Y que si llega á venir, ¡cómo se dará gusto aquí, principalmente en los barrios y en las casas de vecindad, en que se hacen y se ven tantas cochinadas!

—Algunas no son casas, sino chiqueros.

—Sí, miles y miles de gentes viven aquí en medio de la porquería.

—Yo creo, dice Don Sebastián, que ya desde ahora deberíamos aquí empezar á prevenirnos, por lo que *potest contingere*. En primer lugar, hacer una persecución de exterminio á las ratas y las pulgas que son las que dicen que esparcen los microbios del mal, y luego ver de qué manera se obliga á las gentes á tener aseo en sus habitaciones. Hasta casas de ricos se ven por toda la ciudad, no solo sucias, sino apestosísimas.

—Aquí somos *chorriados* por naturaleza.

—¡Qué por naturaleza, ni qué ojo de hacha! exclama Don Policarpo, casi indignado, aquí somos puercos por varias causas: en primer lugar, porque somos flojos, somos anémicos y la misma anemia nos hace vivir desalentados, nos vuelve muy indolentes, y agreguen ustedes á eso que el agua se nos da en las casas por cucharadas. ¿Qué agua tenemos aquí en abundancia, qué jabón barato y qué baños y lavaderos públicos gratis para los pobres?

—Pero no hay que curarse en salud, repuso D. Sebastián, es muy posible que la peste no venga y que se circunscriba á Mazatlán.

—¿Y por qué entró á Mazatlán, vamos á ver? pregunta doña Josefita.

—Pues la peste bubónica entró á Mazatlán, contesta D. Policarpo, porque la dejaron entrar, eso ya se ha dicho muchas veces.

—¿Pero quién la dejó entrar? ¿Quién tiene la culpa de ese horror, de ese delito, de esa infamia?....

—Que lo averigüe Gestas. Dicen desde luego que llegó á Mazatlán un buque infestado conduciendo á inmigrantes chinos, quienes fueron los que introdujeron la peste.

—O tal vez en la carga se deslizaron algunas ratas que traían pulgas bubónicas.

—Sea como fuere, Mazatlán estaba tranquilo y repentinamente se encuentra agobiado por una gran calamidad, ¿quién es el autor de esa calamidad? Eso es lo que quiere usted saber, ¿no es verdad, doña Josefita?

—Sí, señor don Sebastián, eso quisiéramos saber todos, para que se le aplicara un castigo grande, tal como lo merece el asesino de millares de personas y quizás destructor de una nación.

—Pues á lo que parece, en ese asunto tiene que haber varios culpables: en primer lugar, los empleados del buque que ocultaron en el puerto la circunstancia de venir infestado, si acaso, como es muy probable, tuvo algunos casos de peste bubónica en la travesía; pero principalmente los culpables verdaderos tienen que ser los encargados de la sanidad en Mazatlán, porque éstos estaban obligados á informarse de la procedencia del buque y del estado actual y anterior de sus pasajeros.

—De modo que hubo un doble ó triple descuido, opinó D. Timoteo: el de los tripulantes, el de los pasajeros y el de los empleados del puerto.

—A no caber duda, hubo un descuido. ¿Quién fué el primer culpable? ¿Quién fué el principal autor de la barbaridad?

—Ya á estas horas debe haberse deslindado ese punto.

—Se me figura que nadie se ha ocupado en tal cosa. En los incendios, en una derrota, en una gran catástrofe cualquiera, nunca se ocupa nadie más que del peligro del momento y pasado todo viene la benignidad y el olvido ó se echa la culpa á todo el mundo.

—Pero es seguro que las autoridades de Mazatlán deben haber ya procedido contra los culpables.

—Y supongan ustedes que se encuentren, que no se han de encontrar, porque el capitán del buque dirá que toda la gente que traía á bordo estaba sana, y que sólo algún microbio antiguo pudo haber salido á la palestra; los pasajeros nunca confesarán que venían infestados y los de la sanidad jurarán que nada encontraron en el buque que les pareciese sospechoso, y en consecuencia, á ninguno se le probará la culpa; supongan ustedes, sin embargo, que contra alguno recae la responsabilidad, ¿de qué manera se le castiga? ¿Ustedes creen que paga de algún modo el perjuicioque ha hecho? ¡ni descuartizándolo!

Ante este razonamiento todos se quedaron pensativos; pero Da. Josefina, que no quiso darse por vencida, exclamó:

—Siempre, siempre que me traigan al verdadero culpable para mascarlo.

PERIQUILLO.

Los volcanes

Cada volcán levanta su figura,
cual de pronto, ante la faz del cielo,
levantasen el ángulo de un velo
dos dedos invisibles de la altura.

Su cresta es blanca y como blanca pura,
su entraña hierve en inflamado anhelo;
y sobre el fuego aquel contrasta el hielo,
cual sobre una pasión una alma dura....

Los volcanes son fúnebres tambores....
pero á sus pies los campos que florecen
se extienden con vivísimos colores;

Y por eso, como obras de pintores,
desde lejos, mirándolos, parecen
cestas volcadas derramando flores....

JOSE S. CHOCANO.

Contrastes

¿Qué soy? Hoja desprendida
que el viento con furia arrastra,
ola que nació gigante
y humilde muere en la playa;
ave que su nido busca
en la sombría enramada:
tronco por el rayo herido,
nota que en los aires vaga,
menudo grano de arena
en la orilla solitaria;
bajel sin timón ni rumbo
que azota horrible borrasca;
lágrima del corazón
que las mejillas escalda,
plectro cuyas rotas cuerdas
ni un débil sonido lanzan,
negra y tormentosa nube,
noche eterna, queja amarga.

.....

¿Qué eres tu? Flor que á los cielos
ricos perfumes exhala,
ola en que quiebra la luna
sus limpios rayos de plata;
ave que al nacer el día
y al morir la tarde canta;
tronco en cuyas verdes hojas
son brillantes esmeraldas;
nota alegre que repiten
con dulce rumor la auras.
bajel que orgulloso boga
en una mar de bonanza,
sonrisa del corazón
que ilumina la mirada,
tierno laúd que suspira,
notas que hieren el alma,
flotante y ligera nube
teñida de ópalo y grana,
aurora resplandeciente,
limpio sol, risa del alba!

.....

Tú eres luz y yo soy sombra,
yo soy noche y tu mañana,
tú la inspiración divina
y yo el poeta que canta!

N. A.

MARMOLES

CARIATIDE.

De Pandrosos el regio santuario
lucía por columnas primorosas
seis elegantes vírgenes hermosas
labradas por insigne estatuario.

Del bello intercolumnio, temerario
bordó el cincel, en una de las diosas,
estupendo ropaje, donde airosas
corren las líneas sobre el marmol pário

Mostraba la cariátide arrogante,
como un á modo de gentil turbante
sobre la comba de la egregia frente.

Y encima de él, gallardo chispeaba
jónico capitel donde se alzaba
la cornisa del pórtico riente.

EL LAOCONTE.

En tiempos de la vieja Alejandria,
Laoconte, en quien se inspiran los creyentes,
lucha contra el poder de las serpientes
que altiva Palas con furor le envía.

—

Recia culebra en sus anillos lía
el cuerpo de sus hijos inocentes,
y él escucha sus gritos impotentes
en medio de su bárbara agonía.

—

Traspasa el corazón su faz sublime,
su atroz dolor que sin palabra gime,
la angustiosa expresión de su mirada.

—

Triunfó el hábil cincel de la pintura,
y dió al aplauso de la edad futura
una tragedia en mármoles labrada,

SALVADOR RUEDA.

Rimas viejas.

El amor va surgiendo de mis arterias
Como surge el perfume de las corolas,
Como surge la peña de las miserias.
Como brota la espuma de entre las olas.

—

Mas tambien cual perfume sutil y suave,
O cual frágil espuma del oceano,
Se pierde en el espacio como la ave,
Como se pierde y brota todo lo humano.

—

Es perfume sublime; más busca en vano
Quien quiera perfumarse con sus efluvios..
Deja, pues, que perfume tu leve mano,
Que perfume tus regios cabellos rubios.

—

Deja que te circunde como aureola,
Que te envuelva en sus ondas de transpa-
(rencia
Mi amor es un perfume, de tu corola!....
Mi amor es una forma, sé tu la esencia!...

J, M. S.

DANZA

Para Rita.

Como los mares
Guardan las perlas,
Como el avaro
Guarda el caudal,
Así en mi alma
Tu bella imagen
Guardo, egoista
De un mundo ideal.

***

Más que á las perlas,
Más que al tesoro
Que guardan juntos
Avaro y mar;
Más que á todo eso,
Mi bien, te quiero;
Más que á mi vida
Te quiero más!

***

Por si la rosa
Tiene perfume,
Por si la hoja
Tiene color,
Notas la lira,
Trinos el ave,
Corriente el río,
La tierra sol.
Que nunca faltes,
Que nunca mueras;
Que siempre, Rita,
Te guarde Dios.
Que si tú faltas,
La luz me falta,
Que si tú mueres
Me muero yo!

JOSE CLEMENTE VANEGAS.

Santa Teresa, Sonora.

Nota.

En una de las selvas seculares
De mi patria infeliz, hay un torrente
Cuya voz formidable y estridente
El rimbombo remeda de los mares.
Rompe contra las rocas sus collares
De perlas y diamantes, insolente,
Y ante su grito horrísono y potente,
Huyen despavoridos los jaguares.

Cae! y entre sus prístinos hervores
Surge el iris y salta en las primeras
Horas en que la luz da sus fulgores;

Y después, con sus ondas plañideras,
Se adurme, sollozando, entre las flores
Que á su paso le arrojan las palmeras.

JULIO FLORES.

MIENTRAS.

Para mi amada.

Llegó el Invierno con sus rigores,
Y su falange de servidores
Que forman, niña, su corte real;
Cubierto el cielo de griseo manto
Acongojado vierte su llanto
Sobre el recinto de la ciudad.

***

Llegó el Invierno con sus rigores,
Por los jardines no existen flores
Donde la lluvia cayendo va;
¡Que triste se halla Naturaleza
Muy desprovista de su belleza!....
¡Qué triste todo se encuentra ya!

***

En el ramage de la floresta
El cierzo gime con voz siniestra
Como anunciando mucha crueldad;
Ruedan del árbol los pobres nidos
Muy desgajados y desprendidos
Por el empuje del vendaval.

***

Se han enturbiado los arroyuelos
Con la corriente que de los suelos
Lleva la lluvia que cae tenáz;
Ya no hay cantares de pajarillos
Entre las selvas y bosquecillos
Donde dichosos solían gorjear.

***

Ya fenecieron las margaritas
Las orgullosas flores bonitas
Que tu cuidabas, mi querubín;
En vez de rosas verás espinas
Como reliquia de tantas ruinas....
En los lugares de tu jardín..

***

Mientras la lluvia sigue cayendo
Y van los cielos llanto vertiendo
Sobre el recinto de la ciudad;
Juntos leeremos mis pobres versos
En tanto afuera giman los cierzos
Y todo triste se encuentra ya.

A. C. Naranjo.

Hermosillo, enero de 1903.

El sueño del niño

¡Cuán tranquilo y hermoso
Dormido está en su cuna
El inocente niño
Cuyo cabello ondula
A la merced del viento
Que juguetón le arrulla!
En su nevada frente
La candidez fulgura,
Y entre sus tiernos lábios
Graciosa se dibuja
La angelical sonrisa
Que expresa su ventura.
Ni de *ayer* los recuerdos
Su bienestar perturban,
Ni de *hoy* cuidado alguno
Su corazón abruma,
Ni el temor de *mañana*
Por su cerebro cruza.
Encantador el sueño
De gozo le circunda,
Que aumentan cariñosos
Los ángeles sin duda
Que del eterno alcázar
La puerta abren ebúrnea.
Desde ella el tierno canto
Del querubín escucha.
Y admira, extasiado,
La magestad augusta
De quien el orbe entero
A su poder subyuga.
Por eso entre sus labios
Alegre se dibuja
La angelical sonrisa
Que expresa su ventura.
¡Bien haya el dulce sueño
Y bien haya esa cuna!
¡Y Dios bendiga al niño
Quien con placer la ocupa!

X.

La Historia de Tom Pouce.

Cuando tomé á Tom Pouce á mi servicio, pagándole tres pesos diarios á sus padres, tenía dos pies de altura y cinco años de edad.

Era hermoso de fisonomía y muy proporcionado. Ojos vivos y claros cabellos en rizos largos, gestos graciosos; era un Apolo minúsculo.

Vestíle con un uniforme de general y le anuncié con ese pomposo título.

Bien pronto á mi lado hizo progresos inmensos en sus estudios, ayudado por una inteligencia é instrucción maravillosas, proseyendo al mismo tiempo una propensión natural al *humour* y al gracejo.

Después de haberle exhibido con un resultado pecuniario bastante satisfactorio, por los Estados del Este, resolví llevarle al otro lado del Atlántico.

El 8 de enero de 1844 tomamos pasaje para Londres, el *general*, sus padres, su profesor y yo, en el velero "Yorkshire."

Una vez en la capital de Inglaterra, tuve una idea luminosa. En el punto más céntrico de West End, el barrio aristocrático por excelencia, alquilé un soberbio palacio, dejado hacía pocos días por lord Talbot. El mobiliario era suntuoso y desde allí comencé á enviar á domicilio numerosas invitaciones á la nobleza, periodistas y artistas de la gran ciudad.

No tardó en influir numerosa concurrencia á las puertas de la casa. Pero para los no invitados, aunque vinieran en coches de lacayos, el *general* no estaba *visible*.

Mi portero, con peluca y traje de brocado, recogía las direcciones de los *olvidados*, y yo me encargaba de enviarles las invitaciones.

Al tercer día de nuestra llegada, el Ministro de los Estados Unidos sir Everett, nos invitó á almorzar, quedando encantado con su minúsculo comensal. Allí conocí al literato Carlos Murray, que en su calidad de gran mayodormo del mobiliario de su Majestad, conjuntamente con el señor Everett, obtuvieron de la reina Victoria el consentimiento para que les fuera presentado Tom Pouce.

Con efecto, al día siguiente un majestuoso *horse-guard* me entregó una orden escrita en la cual se me indicaba que en nombre de la reina se invitaba al *general*, Tom Pouce para que concurriera con su *director* Fineas Barnum al palacio Buckingham.

Al recibir esta noticia, alquilé en seguida el *Egipitan Hall*, por una sola sesión, puesto que el *general* había sido invitado por su graciosa Majestad.

Todos los diarios dieron cuenta del grande acontecimiento.

El día indicado y á la hora convenida fuimos introducidos en el palacio.

En la histórica galería de los cuadros esperaban al *general*, la reina Victoria, el príncipe consorte Alberto, la duquesa de Kent, el duque de Wellington y otros príncipes y duques de la corte.

Tom Pouce hizo su entrada con paso firme. Al llegar á un metro de S. M., saludó graciosamente y con su hermosa voz dijo:

—A S. M. la reina, deseo unas buenas tardes. *Ladies and gentleman*, buenas tardes!

La reina y todos los presentes se sonrieron al ver tanto desparpajo.

Su majestad tendió su mano al *general* y éste la llevó á sus lábios galantemente. En seguida, acompañándola seguidos por todos los presentes, efectuaron una vuelta por la galería.

Ton Pouce contestaba á todas las preguntas sin embarazo alguno y juzgó la *galería de cuadros* como de primera clase.

Preguntó por el príncipe de Gales, y cantó y bailó: y cuando nos retiramos, retiróse retrocediendo con tanto acierto, que toda la corte se quedó encantada.

Antes de llegar al pórtico de la galería el *carlin* de la reina le ladró por detrás. Tom Pouce, que no permitía se le faltara al respeto, aún por un perro de su Majestad, levantó el bastón, que completaba su indumentaria de general y con toda valentía persiguió al impertinente can.

El duque de Wellington exclamó en alta voz:

—Con tal que Moiz no nos cauce una guerra con Norte América!

Antes de nuestra salida de palacio, su Majestad envió á su mayordomo para que inquiriera si el perro había asustado á Tom Pouce ó si le había mordido.

Este contestó:

—Agradeced en mi nombre á S. M. su atención y decidle que el *general* Tom Pouce es muy sensible á la bondad de la soberana, pero que nunca un *general* americano ha conocido el miedo!

Se nos hizo una régia gratificación.

Al día siguiente nos recibió la baronesa de Rothschild: en seguida todas las más grandes y elevadas familias de Londres; y más aún, se vió mimado el *general*, cuando el diario de la corte describió la entrevista en la galería de los cuadros.

Dos veces más fuimos invitados á palacio, y le fué presentado al *general* el príncipe de Gales.

Después del saludo de práctica, le dijo:

—Príncipe, sois más alto que yo, pero como *ciudadano americano* me siento tan grande como el que más en la tierra.

Imitar á la corte es la preocupación constante de la nobleza inglesa. Por día Tom Pouce obtenía de 500 á 1000 *dollars* como obsequios originados por las visitas que efectuábamos.

Hasta sesenta coches se estacionaban frente á la sala de Picadilly.

Cierto día se hallaba Tom Pouce vestido con el traje usual de Napoleón. El viejo duque de Wellington, que se hallaba presente, al observarle meditabundo, le preguntó:

—¿En qué pensáis, general?

—Pienso en Waterloo, señor duque!—contestó sin vacilar.

Estas palabras *hicieron furor* en todo el Reino Unido, poetas, músicos y pintores le dedicaron canciones, versos y cuadros.

A los dos meses abandonamos Londres por Paris. La fama del *general* nos habia precedido; asi es que al otro día de nuestra llegada recibimos una invitación para presentarnos ante Luis Felipe, rey de Francia. Tan amable y atento se mostró el buen rey, que yo me atreví á hacerle un pedido: el de permitir que el *general* tomara parte en el desfile próximo de Longchamps entre los coches de la corte.

Al dia siguiente el jefe de policía trajo la autorización necesaria en virtud de la cual el minúsculo Tom Pouce, en una minúscula carrosa tirada por cuatro *ponneys* blancos, enjaezados espléndidamente y montados por dos jockeys diminutos, siguió el cortejo real, inmediatamente después de los coches de los diplomáticos, siendo vivado durante todo el trayecto.

Pronto nuestro local era estrecho para dar cabida á tanta gente.

Inventó que los más ricos, mediante una retribución, pudieran tener el alto honor de asistir á los *lever* del *general*. Todas las noches tenía que alquilar un coche especial para poder llevar al banco las *entradas!*

Hemos viajado en tren *especial*, habiendo recorrido toda la Francia, Bélgica, Alemania etc. etc.

Nuestra vuelta á la patria se efectuó á los tres años. En Nueva York se nos hizo un recibimiento asombroso y la lluvia de oro continuó *in crescendo*.

Tom Ponce retiróse con una fortuna en compañía de sus padres y se hizo construir una lujosa residencia en Bridgeport.

Tom Ponce dejó en todas partes donde estuvo una fama de inteligente, espiritual y divertido.

FINEAS BARNUM.